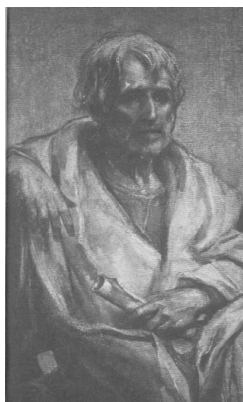


# Consolaciones

## de Séneca

Hugo Hiriart



Algo mejor que un pensador o un filósofo, Séneca es ante todo un individuo, una voz personal inconfundible. Así, la lectura del estoico romano nos revela no sólo su filosofía, sino el latido de su modo de ser, de su existencia personal, de su vida, y con ella, de la naturaleza y estilo vitales de uno de los periodos históricos más fascinantes, el de la Roma imperial en los primeros siglos de nuestra era, el de los emperadores locos, época historiada, entre otras grandes plumas, por Tácito y Suetonio. Se encuentran en Séneca, no los acontecimientos más visibles, más de bulto, sino el detalle minucioso de la vida diaria. Porque en sus tratados, cartas y consolaciones morales Séneca suele hablar de todo lo habido y por haber, y no en el tono engolado y distante que es habitual en filosofía, sino en deleitosa y fascinante cercanía personal, en la voz baja de la conversación íntima.

Sabemos que Séneca de joven fue un tiempo vegetariano. Eso debido a que se hizo secuaz del pitagorismo. La creencia pitagórica en la trans migración de las almas a otras especies animales vuelve horrenda y semicaníbal la ingestión de carne. Sabemos que su padre lo previno: la abstinencia podía acarrearle peligrosas represalias políticas en tiempos en que el César Tiberio trataba de erradicar los cultos extranjeros y endurecía la persecución contra su práctica. Séneca prestó oídos a su padre y abandonó el pitagorismo para abrazar la filosofía estoica donde con el tiempo alcanzó eminencia.

El joven Séneca buscaba explicaciones sistémicas, filosóficas; por eso, cuando encontró el estoicismo lo hizo suyo con apasionada vehemencia. La vigilancia imperial sobre lo que comes o dejas de comer es característica de esa época nerviosa y abundante en extraños peligros. Por otra parte, la rapidez con que Séneca vuelve a ser carnívoro señala que el roma-

no no tiene precisamente temple de héroe, sino que es más bien amigo de negocios y transacciones. Así, Séneca será maestro y jefe de asesores nada menos que de Nerón. Y Nietzsche dirá de nuestro filósofo, español, nacido en Córdoba, que es un torero de la moral.

Pero Séneca es un escritor grande y poderoso. Su estilo, articulación de sentencias cortas, muchas de ellas memorables, a diferencia, entre los clásicos, del estilo de Cicerón, de frases largas y culebreantes, es perfectamente apto para sus disertaciones morales. Que son prácticas y sobre todos los temas imaginables. Porque Séneca quiere enseñarnos, no a resolver abstractos problemas filosóficos, sino a vivir mejor nuestra vida, es decir, a ser de verdad y en forma duradera felices. Por eso ameritan entre nosotros un público más amplio y variado que las disfrute. Son libros de autoayuda elevados a transparencia y equilibrio duradero, clásico.

Uno de los libros de Séneca traducidos en la UNAM y publicado en la benemérita Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, se titula *Consolaciones* y en efecto consiste en tres consolaciones. La primera, a Marcia, es magistral; la segunda, a Polibio, vergonzosa y abyecta; la tercera, a Helvia, su madre, con motivo del destierro del filósofo a la isla de Córcega, es otra vez impecable. Las tres se leen con deleite y, a veces, con asombro, y las tres persuaden y tienen de verdad poder de consolar.

Séneca fue sentenciado al destierro bajo Claudio por una acusación de adulterio, levantada en su contra tal vez por siniestros acusadores “profesionales”, gente venal, canallesca, instigada, creen algunos, por Mesalina, mujer de Claudio. Polibio, a quien está dirigida la consolación adulatoria y bochornosa, fue un liberto del emperador Claudio, justamente el encargado de asesorar sobre

los escritos de súplica. Polibio había perdido a un hermano y Séneca, en un momento de debilidad, allá en el destierro, se rebajó a escribir ese texto que por eso mismo, por ilustrar una faceta desafortunada, pero real y activa del filósofo, resulta fascinante.

El gran Diderot, el enciclopedista, escribió un libro en defensa de las incoherencias morales de Séneca, no sólo sus abyecciones sino la cercanía a Nerón, cuya educación le fue confiada, se ve que en vano, y otros hechos por los cuales, predicando la frugal parsimonia estoica, se hacía allegar dineros con avaricia de político mexicano.

Las consolaciones forman un libro más bien pequeño admirablemente traducido por el padre Gallegos Rocafull, español, andaluz, natural como Séneca de Córdoba. Ya lo escribió Lope de Vega en un verso adulatorio de Góngora, también cordobés, “Córdoba en Sénecas fecunda”.

El padre Gallegos vino a México en condiciones dramáticas, desterrado, como Séneca, pero él por el franquismo, y suspendido por el Vaticano en su ejercicio sacerdotal por su fidelidad a la República. Por eso se ganó la vida dando clases, de filosofía de la historia, y traduciendo para la UNAM. La sanción religiosa le fue levantada más tarde, ya en México. El padre Gallegos oficiaba en el templo de La Coronación, en la Colonia Condesa.

De Séneca tradujo también el padre los grandes *Tratados morales* y las *Cartas morales*, cartas que acaso forman en conjunto su más logrado volumen. De ellos en otra ocasión conversaremos.

Séneca, como Proust o el Che Guevara, sufría ataques de asma, padecimiento que él llamaba *suppirium*, y del que decía que era diferente de otras enfermedades porque con las otras se está meramente enfermo, pero con ésta “se entrega el alma”. [1]